

EXCAVACION ARQUEOLOGICA CON SONDEOS ESTRATIGRAFICOS EN CERRO DE LAS CABEZAS (FUENTE TOJAR, CORDOBA). CAMPAÑA DE 1991. AVANCE A SU ESTUDIO

Desiderio VAQUERIZO GIL (Univ. de Córdoba)
Juan F. MURILLO REDONDO (Univ. de Córdoba)
Fernando QUESADA SANZ (Univ. Autónoma de Madrid)

Resumen

En este artículo se presentan los resultados preliminares de las excavaciones arqueológicas realizadas durante el verano de 1991 en el *oppidum* de Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar (antigua *Illiturgicola*), con una especial incidencia en dos etapas clave de su desarrollo como núcleo urbano: el Orientalizante Final, coincidente con la construcción de las primeras fortificaciones excavadas, y finales del s. I d.C., momento en el que asistimos a una intensa actividad edilicia que supone una radical transformación del antiguo asentamiento indígena.

Summary

This paper offers the preliminary results of the archaeological field works held in the Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba), the ancient *Illiturgicola*. The works in this *oppidum* were focused in the key stages in the development of the village as an urban site, this is, the Late Orientalizing Period, with the first excavated walls, and also the late 1st century AD, in which a strong constructive activity involved a radical change in the pattern of the ancient indigenous settlement.

1. Introducción

La intervención de la que presentamos un Informe Preliminar se enmarca en el cuadro general de nuestro Proyecto *Protohistoria y Romanización en la Subbética Cordobesa. Las cuencas de los ríos Almedinilla, Zagrilla y Salado (Depresión Priego-Alcaudete)* y

ha sido financiada por la Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, como parte de su campaña correspondiente a 1991.

Hasta este momento, contábamos en nuestro Proyecto con excavaciones arqueológicas en los yacimientos de Cerro de la Cruz (VAQUERIZO, 1990a), encuadrable en Baja Epoca Ibérica, y villa romana de El Ruedo (ambos en Almedinilla) (VAQUERIZO, 1990b), cuya secuencia de ocupación abarca prácticamente toda la época imperial romana. Al mismo tiempo, habíamos practicado toda una serie de prospecciones arqueológicas superficiales de distinto tipo que nos habían permitido ya una aproximación a la secuencia diacrónica del poblamiento protohistórico y romano en la Depresión Priego-Alcaudete (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991).

En este contexto, de acuerdo con las fases programadas en dicho Proyecto y exigida por su propia dinámica, se ha hecho necesaria la intervención arqueológica con sondeos estratigráficos en varios yacimientos, de entre los cuales hemos elegido en primer lugar el Cerro de las Cabezas buscando responder a varios objetivos básicos:

A. Obtención de una secuencia estratigráfica lo más completa posible que nos permita enmarcar a nivel tipológico y cronológico los materiales obtenidos como resultado de las prospecciones arqueológicas efectuadas en la zona, de cara a reforzar o replantear nuestra interpretación diacrónica.

B. Búsqueda preferente de niveles correspondientes al Bronce Final precolonial, Período Orientalizante y primeros siglos de la Cultura Ibérica, etapas todas ellas documentadas a través de la prospección arqueológica superficial del yacimiento. Constituyen de alguna manera el caballo de batalla en nuestros estudios sobre la zona, tanto por su ausencia prácticamente generalizada -a excepción del Cerro del Castillo de Carcabuey y La Almanzora de Luque, ambos futuros *municipia* romanos-, como por su marcada indefinición cultural y material.

C. Documentación de los sistemas defensivos utilizados en el yacimiento a lo largo del tiempo. Durante los trabajos previos de prospección pudimos documentar varias líneas de fortificación que, en tramos de diferente longitud y técnica constructiva, rodean el despoblado casi en su totalidad. En función de ello, elegimos para su excavación un punto en el que aparentemente se nos ofrecía una doble muralla, la exterior en talud, muy recrecida por un bancale moderno, y la interior de aparejo pseudoisódomo.

D. Aproximación a la planificación urbanística y, por ende, a la trama urbana del *municipium* de *Iliturgicola*, buscando documentar la secuencia ocupacional romana del yacimiento y contrastar nuestros resultados con los obtenidos durante el proceso de limpieza dirigido por R. Hidalgo y J.R. Carrillo en el área SO del yacimiento (CARRILLO, HIDALGO, 1991). Ya entonces, pudo comprobarse la utilización prácticamente exclusiva de sistemas de cimentación rupestre y, en este sentido, cualquier información al respecto podía revestir un indudable interés.

2. El entorno físico y ecológico del Cerro de las Cabezas

El Cerro de las Cabezas se emplaza sobre una gran *mesa* que con sus 756 m. de altura domina un amplio campo visual, limitado al O. por Sierra Alcaide, al S. por la Sierra de los Judíos, y al E. por Sierra Ahillos. Situado en el centro de la Depresión Priego-Alcaudete, entre los valles de los ríos Salado y San Juan, el Cerro de las Cabezas goza de una privilegiada posición en el contacto entre las serranías Subbéticas y la Alta Campiña.

Su naturaleza geológica viene definida por la presencia de calizas y areniscas miocénicas de facies tortoniense, sobre las que se ha formado un suelo de tipo protorrendisina poco desarrollado y con un alto índice de pedregosidad (ORTEGA ALBA, 1975; CEBAC, 1971). Este último factor, aparte de proporcionar una fácil materia prima para la construcción, constituye una de las principales limitaciones para la explotación agrícola, obligando a una secular labor de limpieza que tiene su plasmación en los gigantescos *majanos* que pueblan la superficie del Cerro.

Dentro de sus líneas generales de gran cerro amesetado o *mesa*, el Cerro de las Cabezas presenta varias peculiaridades topográficas (Fig. 1). Así, su zona más elevada se sitúa en el extremo meridional, constituyendo una especie de crestón calizo delineado por un profundo cortado en su reborde S., que es aprovechado para la construcción de las fortificaciones de este sector, en tanto que hacia el N. desciende en suave ladera hasta alcanzar un nuevo cortado, también aprovechado para alzar la muralla. Hacia el NE., desciende hasta una vaguada formada por el nacimiento de un arroyo y que individualiza un pequeño espolón.

Todos estos factores sirvieron de indudable atracción para el asentamiento humano, que está documentado al menos desde el Calcolítico, aunque no parece convertirse en estable hasta el Bronce Final-Orientalizante. A ellos debemos añadir las posibilidades ofrecidas por un entorno en el que se situaban tierras aptas para el cultivo agrícola, especialmente el de cereales. Este es el caso de las situadas a 1 km. al S., entre Fuente Tójar y Castil de Campos, suelos pardos que se cuentan entre los más fértiles de toda La Subbética. Otros suelos rojos mediterráneos ubicados al N. del yacimiento son también especialmente aptos para el cultivo de cereales, en tanto que las estribaciones septentrionales de Sierra Judíos proporcionaban pastos cercanos (CEBAC, 1971). Otros recursos que debemos reseñar para el entorno del Cerro de las Cabezas son los cinegéticos, reducidos en la actualidad a la caza menor, pero que hasta al menos la Edad Media incluía especies de gran talla como el ciervo, el jabalí e incluso el oso (LOPEZ ONTIVEROS-VALLE-GARCIA, 1988; VAQUERIZO, 1990a, 175 ss.), y las pequeñas salinas existentes junto al río San Juan, así como los depósitos de ocre situados al N. del Cerro de las Cabezas.

3. Historia de la investigación en el Cerro de las Cabezas

Las primeras noticias referentes al hallazgo en el Cerro de las Cabezas de materiales romanos se remontan al siglo XVI, cuando Lorenzo de Padilla, en su *Historia General de España* relaciona las antigüedades existentes en Fuente Tójar y, más tarde, al siglo XVIII, fecha en la que Tomás Pérez, en su obra *Relación* nos habla del hallazgo en el yacimiento de tres estatuas.

Posteriormente, P. Alcalá Zamora, a principios del siglo XIX, se queja ya del grado de deterioro sufrido por el despoblado a causa de las continuas labores agrícolas y el deseo de enriquecimiento de algunos, “como sucede ordinariamente con las urnas cineríceas (sic), sepulcros y vasijas por la codicia de investigar si se encierran en ellas algún dinero” (ALCALÁ ZAMORA, 1978) y nos habla del hallazgo de varias “estatuas colosales de mármol” -trasladadas de inmediato a Priego y hoy desaparecidas-; inscripciones, mal transcritas y en varios de los casos posteriormente reinterpretadas (STYLOW, 1983); “algibes, caños de plomo, pedazos de columnas...”; pedestales de estatuas, etc.

De la misma manera, se refiere a la existencia de algunas colecciones particulares como la de D. Francisco Julián Madrid, que incluía: dos cabezas de mármol deterioradas; “sobre dos mil medallas ... de todos los metales ... de fenicios, griegos, cartagineses y el mayor número de los romanos hasta el imperio de Honorio y Arcadio...; pedazos de vasos con preciosos grabados, tazas rojas en nada inferiores a las de barro de Sagunto, jarros de diferentes tamaños, figuras y colores, lacrimatorios de barro y de vidrio blanco y azul, urnas cineríceas (sic) de barro, varias lámparas de distintas figuras de metal y barro..., dos blandes (sic) ó bellotas de plomo..., un pedazo de capitel corintio..., hierros de lanza y dardos de varias figuras y tamaños, pedazos de inscripciones...” (ALCALÁ ZAMORA, 1978).

Con posterioridad, Ramírez y de las Casas Deza insiste en la importancia del yacimiento, parafraseando casi literalmente a P. Alcalá Zamora (RAMÍREZ Y DE LAS CASAS DEZA, 1986, 284 ss.) y, ya a comienzos del presente siglo, R. Ramírez de Arellano vuelve sobre el tema identificando las ruinas con “*Hipolcobulcula*”, aunque reconoce que otros “quieren que *Hipolcobulcula* sea Carcabuey”.

Por otra parte, plantea la existencia de una vía militar romana que entraría en la ciudad por su costado norte, y nos aporta además toda una serie de datos acerca de restos arquitectónicos que nos hablan de una puerta monumental al N y otra al NO, así como de distintas dependencias “con los claros de puertas y ventanas todo destruido -excepto lo que toca el suelo, que casi siempre es tallado en la roca que forma el monte- ...y por todas partes bocas de subterráneos que no se han investigado. Las hay formadas de argamasa y la mayor parte son abiertas a pico en el suelo rocoso. *Innumerables cimientos cortan la meseta en todas direcciones, pero todo en estado incomprensible mientras no se hagan excavaciones, pues está dividido en hazas de sembrar y llena de majanos*

acumulados por el agricultor para quitar estorbos a sus arados” (el subrayado es nuestro) (RAMIREZ DE ARELLANO, 1986: 366 ss.).

Tras insistir en el abandono del yacimiento y en la incuria de los habitantes de la zona a la hora de salvar los restos que continuamente aparecen, Ramírez de Arellano nos habla de dos estatuas monumentales de mármol blanco mutiladas, de algunas inscripciones y sepulturas de incineración halladas en los alrededores, y especialmente destaca que “al lado contrario del río, en un montículo a unos doscientos metros de las ruinas, se hallaron hace años cuarenta losas cuadradas de idéntico tamaño y todas con relieves, que representan animales, ciervos, caballos, yeguas con sus potros, toros y aves” (RAMIREZ DE ARELLANO, 1982: 368). El los interpreta como “metopas de templo, palacio o villa, de orden dórico”; no obstante -y aunque lógicamente no podemos fundamentar nuestra hipótesis-, ¿cabría interpretarlas, por ejemplo, en relación con los hallazgos de la Vega de Granada (RODRIGUEZ OLIVA et alii, 1983) o de La Mesa de Luque (CUADRADO-RUANO, 1989), recientemente publicados...?

Por desgracia, la noticia es tan vaga que no sabemos siquiera a qué río se refiere el autor -el San Juan, que es el más próximo, discurre unos 5 km. al NE-. Con todo, es preciso reseñar el enorme valor documental de esta noticia, al igual que de otras como la referida a la puerta monumental del ángulo NO, que en época de Ramírez de Arellano conservaba al parecer incluso los pilares, o la de que ya entonces se guardaban en el Museo de Córdoba numerosas piezas ibéricas enteras que hay que identificar sin lugar a dudas con las extraídas por Maraver en La Cabezueta.

Este último investigador, que un año después -1867- llevaría a cabo nuevas excavaciones en las necrópolis ibéricas de Almedinilla -cuyos resultados contribuirían definitivamente a la definición por P. Paris de la Cultura Ibérica (MARAVÉR, 1867 y 1868; PARIS, 1904)- inició sus trabajos interviniendo en la localidad de Fuente Tójar, junto al yacimiento de Cerro de las Cabezas, pero la memoria completa de sus trabajos -de los que llegó a publicar sólo dos brevísimas reseñas (MARAVÉR, 1866-67 a y b)- quedaría inédita hasta que a mediados de los años 80 A.M. Vicent la ha rescatado, publicándola (VICENT, 1984-85) acompañada de sabrosos comentarios derivados de su propia experiencia en el yacimiento, como excavadora de la necrópolis de Los Torviscales en compañía de A. Marcos (MARCOS-VICENT, 1983: 11 ss.).

Maraver actuó en la ladera sur de La Cabezueta, en tres puntos separados entre sí unos 60 m., interviniendo durante sólo dos días un número de sepulturas que no especifica, pero sin agotar la necrópolis (Vicent supone unas 40 tumbas, calculando una media de 4 urnas por enterramiento). De la misma forma, no indica la tipología de aquéllas -según puede deducirse, en forma de cubo de “una vara de latitud” compuesto por lajas de piedra, similares pues a las documentadas por Marcos y Vicent en Los Torviscales (MARCOS-VICENT, 1983: 19)-, pero sí nos habla de la existencia de quemaderos próximos o coincidentes con cada enterramiento, lo que, por consiguiente, está sugiriendo la existencia de deposiciones tanto primarias como secundarias.

En cuanto al ajuar, cada sepultura contenía un número variable de urnas cinerarias (se recogieron tan sólo las enteras: un total de 34) y de platos y vasos cerámicos (se mencionan “46 platos y páteras variadas”), documentándose además en el conjunto total 7 “vasos y copas de variadas formas”, 12 “vasos ungüentarios y de perfumes”, una urna cineraria de piedra, una “cabeza de Baco” calificada de *oscillum* y algunos objetos metálicos entre los cuales se cuentan tan sólo una “hoja de arma (culter venatorius) (sic) y dos hierros de lanza”. Las armas fueron depositadas fuera de las urnas y los demás objetos metálicos dentro de ellas (VICENT, 1984-85: 37 ss.).

Tanto los “jarrones” como las “ollas” -diferencia claramente expresada- “estaban cubiertos con un plato o patera, y además por regla general había tres platos o vasos por cada jarrón -información que nos puede dar la clave para calcular el número de tumbas excavadas (si suponemos una media de cuatro piezas de ajuar por cada urna, no más de 27, lo que teniendo en cuenta que se recogieron 34 urnas enteras nos indica claramente que debieron ser documentadas tumbas con más de una)-, colocados unos dentro de otros, y puestos de pie y en contacto con dichas urnas” (VICENT, 1984-85: 47).

La cronología de esta necrópolis se remonta a los primeros siglos de dominación romana, llegando incluso a época imperial -sobre la pervivencia del elemento indígena en esta zona hablaremos más tarde-. No obstante, la tipología de las tumbas, que no incluye “ningún sepulcro ni monumento importante”, parece semejante a la documentada como genérica en Almedinilla durante la Plena Época Ibérica (VAQUERIZO, 1988 y 1990a: 61 ss.) y, muy especialmente, a la que A. Marcos y A.M. Vicent publican en la parca reseña conocida hasta la fecha sobre sus excavaciones en la necrópolis de Los Torviscales, también en Fuente Tójar (MARCOS, VICENT, 1983). Sobre ella hemos publicado también nosotros algunos datos de acuerdo con los cuales creemos que es preciso matizar la cronología, bajándola (VAQUERIZO, 1986 a y b), pero la mayor parte de la información procede de Marcos y Vicent.

Estos investigadores excavaron 49 sepulturas que, al menos en el área estudiada, consisten en un hoyo abierto en la tierra, limitado por losas o piedras, obteniendo así una especie de caja generalmente rectangular. Sus dimensiones, aunque variables, se aproximan al metro como eje máximo y todas ellas corresponden a enterramientos de incineración, sugiriéndose en algunos casos la existencia de deposiciones múltiples, siempre al parecer de carácter secundario. En cuanto a los ajuares, el núcleo fundamental de los mismos está compuesto por vasijas cerámicas de producción indígena; no faltan falcatas y otros objetos relacionados con la guerra y, además, se relacionan zarcillos, restos de fíbulas de hierro, una cuenta de collar de oro, varias fusayolas de terracota y pasta vítrea, un bolsal precampaniense de importación y un alabastron de pasta vítrea que lleva a los autores a remontar la necrópolis hasta el siglo VI a.C. (MARCOS-VICENT, 1983: 18 ss.), extremo que como ya hemos indicado creemos necesario revisar.

Hasta aquí lo que sabemos en relación con las costumbres funerarias atribuibles a las poblaciones prerromana y romana que habitaron el Cerro de las Cabezas -conocemos a

través de nuestras prospecciones la existencia de una necrópolis romana junto a la de Los Torviscales, así como la de alguna más tardía junto a la ladera NO del Cerro, si bien nuestra información apenas sobrepasa este dato-. Sin embargo, no acaban aquí las noticias sobre el yacimiento, que como se puede comprobar a través de estas líneas se ha visto sometido a todo tipo de avatares, expolios y remodelaciones, circunstancias que pueden explicar por sí mismas el grado de arrasamiento en que lo hemos encontrado durante nuestra campaña de trabajos.

En este sentido, Maraver, que practicó algunos sondeos en la zona más alta del yacimiento, junto a la ladera Sur, donde creyó haber dado con “la entrada y puerta principal” ... “del Castillo”, insiste en que todas las estructuras visibles están trazadas sobre la roca y añade algo que para nosotros resulta de vital interés de cara a entender los resultados de nuestra propia intervención: “No queda en el cerro más que la peña viva de que está formado” (VICENT, 1984-85: 48). Aún así, entre sus aportaciones cabe destacar la excavación en la cima -al sur, donde precisamente aún hoy son visibles los restos de algunas cimentaciones de sillares- de un edificio sobre piedra viva cuyos arranques, “formando ángulos rectos cierran el todo en un estenso (sic) cuadrilongo, interrumpido y cortado a trechos en figuras regulares que indican los diferentes departamentos” (VICENT, 1984-85: 48).

Finalmente, Maraver relaciona y sitúa en planta tres aljibes aun hoy perfectamente visibles en la cima -nuestro Sector SE-, y termina con una pregunta que, si bien a nuestro juicio resulta fácil de contestar por las razones expuestas más arriba, su memoria trasluce que a él le preocupó sobremanera: “¿Por qué en la mayor parte de las fortificaciones romanas se encuentran torreones más o menos conservados, lienzos de muros, y otras muchas obras de fábrica, y en éste no se halla nada de ello...?” (VICENT, 1984-85: 52).

Con posterioridad a Maraver, el yacimiento sería objeto de excavaciones sistemáticas durante varios años a cargo de Navascués y Martínez Santa-Olalla (MARTINEZ SANTA OLALLA, 1935: 260 ss.; VICENT, 1984-85: 41), campañas de las que queda sólo el recuerdo entre algunos vecinos de Fuente Tójar que participaron en ellas y el Dossier correspondiente del M.A.N., a donde sin embargo no llegaron los materiales recuperados, o al menos no la mayor parte de ellos, de la misma forma que tampoco nos ha quedado memoria alguna de los trabajos.

Sin embargo, hoy por hoy nuestra información, aparte de las referencias que acabamos de indicar, se limita a un breve artículo que Navascués publicó tras su primera toma de contacto con el despoblado, requerido por el entonces Presidente de la II República, D. Niceto Alcalá-Zamora, a quien le había sido mostrada en su finca, cercana al yacimiento, una lápida de mármol que llevaría a Navascués a defender para las ruinas su identificación con la *Sucaelo* de Plinio (NAVASCUES, 1934: 319 ss.). Este autor, antes de acometer las excavaciones referidas, llevó a cabo en octubre de 1933 una visita detenida al Cerro de las Cabezas y de la información que nos transmite podemos deducir como de interés a nuestros propósitos los siguientes datos:

- En 1933, la ladera N. del cerro estaba cubierta de olivos, almendros y todavía alguna encina; el resto se sembraba de cereales y garbanzos (pág. 325). Esta información contrasta con la situación actual, dado que hoy el olivo y el almendro son exclusivos, e incide en la idea que expusimos más arriba acerca de las acusadas modificaciones que ha experimentado el lugar, en función básicamente de su acondicionamiento para la agricultura.

- En la muralla, que ya Navascués reconoce “de arquitecturas diferentes” (pág. 326), el autor destaca las líneas septentrional y oriental, donde “domina una construcción de piedras irregulares, asentadas, al parecer, en seco, y acuñadas con otras más pequeñas, acusando una obra de aspecto primitivo; esta construcción está organizada en muros escalonados, hechos con rellenos de cantos entre los paramentos...” (pág. 326). Toda esta zona se halla hoy muy enmascarada por los majanos y aterrazamientos artificiales, por lo que no sabemos si Navascués cuando habla lo hace porque había practicado ya algún sondeo o se limitaba a describir lo que veía; en cualquier caso, si se repasan los resultados de nuestra propia intervención en NE/C-1, relativos precisamente a la muralla de época orientalizante, podrá comprobarse que la realidad no difiere gran cosa de lo indicado por el mencionado investigador.

- “De torres -utilizamos palabras textuales por ser lo suficientemente expresivas- no hay visible sino rastro de una sola en la parte que mira al Norte; es redonda en su frente y está hecha con sillares grandes, muy toscos, despedazados en hiladas horizontales y con juntas alternadas...” (NAVASCUES, 1934: 327).

Los restos descritos por el autor en este punto resultan aún perfectamente visibles hacia la mitad de la muralla norte, lo que, debido a su especial morfología, complica y convierte aún en más interesante la polioercética del Cerro de las Cabezas. No obstante, no son los únicos y -aunque posiblemente de cronología muy distinta- es preciso destacar de igual forma la existencia de torres rectangulares y contrafuertes del mismo tipo también en el flanco sur del yacimiento. Todo ello nos habla del buen estado de conservación general de la muralla e incide en la conveniencia de plantear para el futuro una gran campaña de excavación en área que nos permita una aproximación fidedigna a las técnicas de fortificación prerromanas y a su evolución en el tiempo.

- Ya en aquella fecha eran muy abundantes los majanos, “notables por su número” (pág. 327), y en cuanto a los edificios, especialmente en la zona que mira al Sur -justo donde se habrían de centrar los trabajos de Carrillo e Hidalgo que describiremos a continuación (CARRILLO-HIDALGO, 1991)- “quedan los cimientos de algunas casas excavadas en ella (la roca); pero no a lo rústico, sino con muros rectos, recintos amplios y regularmente escuadrados, umbrales en las puertas, escaleras, organizaciones complejas de plantas, todo bien hecho y acabado. Sólo subsisten a la vista los restos de un edificio construido con sillares -ya aludimos a ello con anterioridad-. Entre estas ruinas quedan trazas de algunas calles, de dos metros de anchas. Lo más completo de las construcciones que se conservan son los cuatro aljibes... excavados en la roca, dispuestos en serie, unidos

por sus testeros, en cuyas paredes tienen en alto un ventanillo de comunicación” (NAVASCUES, 1934: 327-328).

Como vemos, se trata de datos en su mayor parte comprobables aún hoy en superficie, pese a las múltiples transformaciones experimentadas por el yacimiento; no ocurre así con los cuatro aljibes referidos en último término, que son diferenciados específicamente de los situados en la cima y acerca de los cuales no hemos podido reunir sino alguna noticia aislada entre los actuales habitantes de Fuente Tójar. Destaca, de cualquier forma, el extraordinario número de cisternas que debió minar toda la superficie del cerro, tanto si juzgamos por las informaciones antiguas como si atendemos a los resultados de nuestra propia excavación.

Finalmente, entre el 1 de junio y el 6 de septiembre de 1989, dirigidas por dos de los Subdirectores de nuestro Proyecto de Investigación, fueron planteadas en la zona suroeste del yacimiento, unas “obras de reacondicionamiento y limpieza” consistentes en trabajos de superficie -retirada de majanos y desbrices-, que en ningún caso afectaron a niveles arqueológicos y que pusieron al descubierto toda una serie de estructuras excavadas en la roca muy similares a las ya descritas por Navascués y cuya disposición “parece evidenciar la existencia de una cierta planificación urbana que utilizó como eje de referencia el corte natural del terreno y la línea de fortificaciones que lo ocupa” (CARRILLO-HIDALGO, 1991). En cuanto a la cronología del material arqueológico recogido, “se extiende a lo largo de un amplio período de tiempo que va, como mínimo, desde el siglo VII a.C. hasta el Bajo Imperio... -si bien se señala- ...la existencia de una grave crisis a partir del siglo III d.C., crisis que se detecta en toda la zona de la Subbética Cordobesa” (CARRILLO-HIDALGO, 1991; CARRILLO, 1991).

Por otra parte, es necesario recordar la aparición de algunas piezas aisladas, directamente recuperadas en el Cerro de las Cabezas o bien en su entorno inmediato (LEIVA, 1988 y 1989), y entre las cuales destacan sin ningún género de dudas una daga de la Edad del Bronce (MURILLO, 1990: 54 ss.) y algunas cerámicas orientalizantes que plantean una interesante problemática recientemente revisada (MURILLO, 1989 y 1991).

Hasta aquí lo que sabemos a través de la historiografía acerca del urbanismo y del mundo funerario detectados en relación con el Cerro de las Cabezas. A pesar de ello, no acaba ahí nuestra información sobre el yacimiento: en su interior, o en sus alrededores, se han recuperado toda una serie de epígrafes que nos proporcionan abundantes datos sobre su organización municipal y que plantean como tema más discutido la reducción del despoblado a Ilturgicola, Ipolcobulcula o bien a la *Sucaelo* citada por Plinio (Nat. Hist. III, 10).

Las descripciones de las que tenemos noticia, halladas en el Cerro de las Cabezas o relacionadas con la problemática de su identificación con una u otra ciudad, son las siguientes:

a) CIL II, 1640: Dedicación de un *ordo* a Trajano (cf. 1641, de Alcalá la Real, tal vez otro ejemplar del mismo texto).

b) CIL II, 1648 + add. p. 703 (Cerro de las Cabezas, trasladado a la Huerta del Letrado): Pedestal dedicado por tres de sus libertos a *L. Porcius Maternus Iliturgiconensis, Ilvir*. (Hoy esta pieza se conserva en una finca particular de Cabra (LEIVA, F., “Descubierto un pedestal de la ciudad de Iliturgicola”, *Diario Córdoba*, 2-VII-1987).

c) AE 1935, 6 (Cerro de las Cabezas): Inscripción funeraria de *Marcia Procula*, erigida por (su padre) *M. Marcius Gal. Proculus Patriciensis domo Sucaleoni* (añadido más tarde: *Ilvir C(olonorum) C(oloniae) P(atriciae)*” (STYLOW, 1983, 276).

Finalmente, es preciso destacar la existencia de una cuarta inscripción (CIL II, 1650) que nos refiere cómo el *ordo Iliturgiconensis* costó el entierro de un individuo desconocido (STYLOW, 1983, 276). Sin embargo, este epígrafe no procede del Cerro de las Cabezas ni del entorno de Fuente Tójar, sino de Carcabuey, cuya identificación con *ipolcobulcula* parece segura. Se hace necesaria, pues, una interpretación y, en este sentido, Stylow lo atribuye a la otorgación de *honores* por al menos dos *ordines*, uno de los cuales sería el de *iliturgicola* y otro el de *Ipolcobulcula*.

La disyuntiva queda, por consiguiente, reducida a identificar el yacimiento con *Sucaelo*, como propone Navascués (NAVASCUES, 1934: 319 ss.), o bien relacionarlo con *Iliturgicola*, hipótesis defendida por la mayor parte de los investigadores (Vgr. VICENT, 1984-85: 42; STYLOW, 1983: 279). Hoy por hoy, la hipótesis más fundada parece esta última, pero, en definitiva, ha de ser la arqueología la que aporte la información definitiva sobre la cuestión y, desde este punto de vista, los resultados de nuestra intervención, que presentamos a continuación, tal vez contribuyan a ello.

4. Resultados preliminares alcanzados con la intervención arqueológica en el Cerro de las Cabezas

En espera de finalizar la Memoria definitiva de la excavación practicada durante la campaña de 1991 en el Cerro de las Cabezas, centrará este primer avance la problemática planteada por las fortificaciones, a partir de los resultados del Corte 1 del Cuadrante NE., y por la remodelación a que se ve sometido el hábitat en época flavia, patente en la mayor parte de los Cortes excavados.

De acuerdo con el análisis preliminar de los resultados obtenidos en el Corte 1 del Cuadrante NE., la primera ocupación en esta zona del Cerro de las Cabezas coincide con la construcción de la muralla (Fases III y IV), la cual apoya sobre una superficie constituida bien por la roca caliza, bien por la U.S. 34/13 (Fase II), que hemos identificado como los restos de un paleosuelo de tipo protorrendsina. Estas Fases anteriores a la muralla se han mostrado totalmente estériles desde el punto de vista arqueológico, con la excepción de un fragmento atípico de cerámica a tomo hallado en el Contexto 13. De esta manera, la clave para la cronología de este sector de la muralla viene dada por la U.S. 29, formada al interior de la misma tras su erección. Dicho contexto ha proporcionado un conjunto de material cerámico en el que las producciones fabricadas a mano

representan un 30% del total, con ejemplares de superficies toscas y decoración incisa, impresa o plástica aplicada; constituyen el 70% restante cerámicas fabricadas a torno, de entre las que las decoradas suponen a su vez una tercera parte, con las típicas decoraciones bícromas y monocromas de bandas y círculos concéntricos, así como una notable representación de cerámicas grises (15'23% del total de cerámicas a torno).

A falta de *items* capaces de proporcionarnos una cronología más precisa, debemos servirnos de la correlación de este contexto cerámico con otros similares de entornos próximos para fijar su cronología, valorando la no presencia de determinadas producciones que consideramos significativas. En primer lugar, la ausencia de las típicas cazuelas bruñidas, presentes por lo demás en el propio Cerro de las Cabezas y en yacimientos próximos como Las Lagunillas (Priego) o el Cerro del Castillo de Carcabuey (MURILLO-RUIZ, 1990), nos conduciría a un momento avanzado dentro del Orientalizante, lejano ya a los contextos de las primeras etapas del mismo, en las que estas producciones aún están presentes (MURILLO, 1991). En idéntico sentido apunta el neto dominio de las cerámicas torneadas respecto a las fabricadas a mano, con porcentajes que en la vecina Campiña y en el Valle Medio del Guadalquivir nos conducirían a un siglo VI avanzado. Las formas cerámicas con base plana, cuerpo de tendencia globular y reborde poco desarrollado, superficies no cuidadas y decoración incisa, impresa o plástica aplicada, tienen, en el mismo ámbito geográfico, una cronología centrada entre mediados del s. VII y mediados del VI, coincidiendo con el Orientalizante Pleno y Final de la Cuenca Media del Guadalquivir.

Lo mismo cabe decir de las cerámicas fabricadas a torno y decoradas con círculos concéntricos, en algún caso sobre un engobe de base, así como de las cerámicas grises, entre las que se cuentan algunos ejemplares de gran calidad.

En consecuencia, y tras un análisis preliminar del material cerámico recuperado en la U.S. 29, nos inclinamos a fijarle una cronología centrada en torno a la mitad del s. VI, de modo que este sector de la muralla vendría fechado en un momento *ante quem*, siempre y cuando, claro está, aceptemos una génesis normal para esta U.S., hipótesis que parece la más probable, máxime si tenemos en cuenta que a dicho paquete sedimentario se le superpone la U.S. 24, que hemos interpretado como fruto de la destrucción parcial del lienzo interior de la muralla tras un momento de uso de la misma y de sedimentación intramuros representada por la U.E. 29.

Por otra parte, la cronología que propugnamos para este sector de la muralla septentrional del Cerro de las Cabezas puede ponerse en relación con la admitida para otras fortificaciones similares, tanto de Córdoba como del resto de Andalucía. En este sentido, los paralelos más cercanos que podemos argumentar los encontramos en el yacimiento cordobés de Torreparedones.

La complejidad del sistema defensivo de este asentamiento, que rodea un espacio amesetado superior a las 10 Ha. es notable. Constituye su base una típica muralla en talud reforzada a intervalos regulares por torres que en algunos puntos, especialmente en su

flanco sur, supera los 6 m. De acuerdo con los datos proporcionados por la excavación de 1987 (CUNLIFFE-FERNANDEZ CASTRO, 1990), constituye una obra de casetones, con un paramento exterior en ligero talud y otro interior que limitan un espacio central de 7 m. de anchura, compartimentado a su vez por otros muros perpendiculares a los anteriores y relleno con piedras pequeñas y tierra. Al igual que en el Cerro de las Cabezas, estos paramentos se realizaron a base de bloques sin escuadrar y de lajas de piedra caliza, dispuestos en seco y en hiladas irregulares. Además, este Sector debió contar, ya desde el momento de su construcción, con bastiones rectangulares que en una segunda fase se reforzaron notablemente. Todas estas estructuras se alzan directamente sobre una simple nivelación del terreno, sin que se practicara ningún tipo de cimentación. Su construcción viene fechada por las cerámicas del Nivel 21, al que los excavadores asignan una cronología de mediados del s. VI, y que muestran un panorama muy similar al de la Unidad Sedimentaria 29 del Cerro de las Cabezas.

También en la provincia de Córdoba, interesa a nuestros propósitos el yacimiento de Ategua, donde BLANCO (1983) comprobó la presencia de una estructura defensiva de 2 m. de anchura, construida con grandes piedras sin escuadrar trabadas con barro. Según el excavador, apoyaba directamente sobre una delgada capa de tierra, sin zanja de cimentación. De aceptarse esta interpretación, la cronología de la muralla, situada al SO. del asentamiento, vendría determinada por la asignada al Estrato 8, que cubre las primeras hiladas de la misma. Entre el material arqueológico de este Estrato no aparecen cerámicas fabricadas a torno, lo que apuntaría a un momento del Bronce Final Precolombial para la construcción de la misma.

Sin negar en ningún momento la validez de esta interpretación, debemos señalar la existencia de ciertos indicios que podrían apuntar a una explicación alternativa (MURILLO, 1991). Así, a partir de la observación por el propio excavador de que la muralla se asentaba sobre una delgada capa de tierra *arcillosa anaranjada* (BLANCO, 1983: 126), idéntica a la del Estrato 8, cabría la posibilidad de considerar a éste como un relleno intencionado que pudo tener como finalidad tanto la nivelación de las irregularidades de la roca y servir de asiento a la muralla, como cubrir y proteger las primeras hiladas de la misma, con lo que pasarían a ser los Estratos 7 y 6 los que proporcionarían una fecha *ante quem* para la muralla: inicios del s. VII, en un contexto donde están ya presentes las primeras cerámicas fabricadas a torno.

Fuera de Córdoba, los paralelos más próximos para la muralla del Cerro de las Cabezas los encontramos en Tejada La Vieja (FERNANDEZ JURADO, 1987: 95 ss.) y, en menor medida, en Puente Tablas (RUIZ-MOLINOS, 1989: 407; RUIZ *et alii*, 1991: 114 ss.). La primera, muestra una estructura principal con paramento exterior en ligero talud a la que con posterioridad se le adosan como refuerzo un segundo lienzo y diversos bastiones cuadrangulares, trapezoidales y circulares. El inicio de la edificación se fecha a finales del s. VIII, en un contexto dominado por las cerámicas fabricadas a mano, pero en el que ya hacen acto de presencia las primeras producciones a torno.

Por su parte, la muralla de Puente Tablas ofrece rasgos algo distintos, aunque en lo sustancial puede equipararse a las fortificaciones del Cerro de las Cabezas o de Torreparedones. Presenta una estructura con paramento en talud y bastiones o torres de refuerzo. La fecha de construcción viene determinada por la interpretación que se da al Estrato 8, que recubre la fosa de cimentación y la parte inferior del paramento: si la acumulación de este estrato se hubiera realizado mediante un proceso natural, la muralla sería de comienzos del s. VII, en tanto que si ésta hubiera sido resultado de un relleno intencionado procedente de la zona del interior del poblado, la cronología vendría dada por el estrato 6-7, del s. VI (RUIZ-MOLINOS, 1989).

Tras la construcción de la muralla y la ocupación orientalizante, el Corte 1 documenta un hiatus que abarca prácticamente toda la segunda mitad del I milenio a.C. Esta falta de niveles de ocupación correspondientes al Ibérico Antiguo y Pleno, atestiguada en todos los Cortes excavados durante la campaña que nos ocupa, plantea graves interrogantes, máxime cuando la necrópolis de Los Villarones-Los Torviscales (MARCOS-VICENT, 1983; VAQUERIZO, 1986), perteneciente sin ningún género de dudas a este asentamiento, se encuadra en esta etapa, así como muchos de los materiales recogidos en la prospección superficial del yacimiento (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991). Será preciso, pues, aguardar a la realización de nuevas excavaciones para dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión, que por el momento puede interpretarse bien como resultado de la intensa actividad edilicia desarrollada en época imperial romana, que supondría la destrucción de las Unidades Estratigráficas correspondientes al asentamiento ibérico, arrasadas para cimentar sobre los niveles del Orientalizante (como es el caso del Corte 1 del Cuadrante NE) o sobre la propia roca caliza (Cortes del Cuadrante SE), o bien como una reducción de la superficie ocupada del asentamiento, que durante el Ibérico Antiguo-Pleno quedaría relegado a una zona no sondeada durante la Campaña de 1991.

Sea como fuere, lo cierto es que la siguiente fase constructiva (Fase V, Período C) supone una clara ruptura respecto a lo visto con anterioridad, perdiendo la muralla buena parte de su significado original, como lo prueba la construcción del Muro 36. Este viene fechado por la U.S. 20, que se le apoya y que sirve de base a las Construcciones del Período D. El contexto material de esta Unidad Sedimentaria responde casi en su totalidad a época prerromana, aunque contamos con varios fragmentos de cerámica común romana y algunos de *tegulae*. Sobre la muralla, la reparación del núcleo de la misma, que definen las UU.SS. 2 y 3 de 1-B, ofrece una cronología poco precisa dadas las remociones sufridas, de modo que la presencia de un fragmento de Paredes Finas y de dos de Sigillata Hispánica no es concluyente. En consecuencia, cabría incluir el conjunto de este Período C en un dilatado segmento temporal que incluiría tanto el Ibérico Tardío (el único fragmento de cerámica campaniense localizado en todo el Corte pertenece a la U.S. 3) como el inicio de la propia época Imperial.

Con el Período D del Corte 1 volvemos a contar con Unidades Estratigráficas que nos muestran, tanto en éste como en la mayor parte de los restantes sectores excavados, un

momento de extraordinaria vitalidad cuyas construcciones vienen fechadas con precisión gracias a la asociación -en cantidades significativas, aunque la mayor parte del material cerámico se inscribe en lo que podríamos denominar *tradicción indígena*-, de cerámicas de Paredes Finas y de Sigillata Hispánica, con una cronología de finales del s. I d.C. La técnica edilicia experimenta una notable transformación, claramente observable si comparamos el aparejo del muro de la U.E. 36 con el de la U.E. 15, que supone una refección de aquél.

Del mismo modo, en los Cortes 2 a 7 del Cuadrante NE., la excavación ha puesto de relieve la existencia de un gran número de estructuras relacionadas con estos momentos, de entre los que sobresale una galería porticada que bordea, en al menos dos de sus lados, un espacio abierto, cuyo pavimento consiste en la propia roca caliza retallada y regularizada, allí donde es necesario, con grandes losas, también de piedra caliza. La funcionalidad de estas construcciones es difícil de establecer dado lo reducido del área excavada, de modo que no podemos por el momento discernir si nos hallamos ante un espacio público, interpretación a la que en principio apuntarían las características edilicias, o privado, sostenible en cambio a partir de la localización de áreas fabriles, relacionadas con la producción de aceite, en el Corte 7.

En síntesis, y aunque la interpretación definitiva de las estructuras de este Período no será posible hasta que se practiquen nuevas excavaciones en el Sector, todo apunta a considerarlas fruto de una remodelación en la trama urbanística del *oppidum*, en un momento -finales del s. I d.C.- que coincide con la promoción a *municipium* de *Iliturgicola*, en consonancia con la revitalización de la vida urbana provincial que supone la época flavia.

En este sentido, puede ser muy significativa la comparación del Cerro de las Cabezas con el cercano Cerro del Minguillar (Baena), la antigua *Iponoba*. Si bien aún no contamos con la publicación definitiva de los resultados obtenidos en este yacimiento, sí disponemos de algunos avances (MUÑOZ AMILIBIA, 1977 y 1987) que permiten contemplar su desarrollo en consonancia con lo que estamos vislumbrando para el Cerro de las Cabezas. La primera coincidencia que deseamos reseñar es la pervivencia de las pautas culturales autóctonas hasta momentos muy avanzados respecto a las fechas iniciales de la presencia romana en Andalucía, o lo que es lo mismo, el tardío e incompleto proceso de *romanización* (MUÑOZ AMILIBIA, 1987: 68), y la larga perduración de lo que podríamos denominar como Ibérico Tardío, fenómeno contemplado por nosotros mismos para el conjunto de la Subbética (VAQUERIZO-MURILLO-QUESADA, 1991: 139 ss.) y del que puede resultar paradigmático el Cerro de la Cruz de Almedinilla (VAQUERIZO-QUESADA-MURILLO, 1991: 191).

Frente a esta situación, la época Flavia supone un interesante punto de inflexión que queda plasmado en la concesión del estatuto jurídico municipal a la mayor parte de las antiguas comunidades indígenas con una vida urbana consolidada a lo largo de varios siglos, y de las que tanto *Iponoba* como *Iliturgicola* constituirían buenos ejemplos. Con

lo que llegamos a la segunda coincidencia que queríamos resaltar para estas dos ciudades: la importante actividad edilicia que acompaña a esta promoción. En el Cerro de las Cabezas resulta evidente a tenor de los sondeos efectuados en los Cuadrantes NE. y SE., en tanto que en El Minguillar la intuimos a partir de un hecho que consideramos tan significativo como la ampliación de la ciudad más allá del recinto amurallado (MUÑOZ AMILIBIA, 1987: 64).

Finalmente, la única estructura de habitación publicada del Cerro del Minguillar (MUÑOZ AMILIBIA, 1987: 65) muestra importantes paralelos con la contemporánea del Corte 1/Cuadrante NE. del Cerro de las Cabezas (planta, aparejo, dimensiones de los muros, ubicación de los vanos, disposición de las estancias a distintos niveles que se salvan mediante umbrales...), y ambas a su vez suponen una cierta continuidad respecto a la arquitectura doméstica prerromana (plantas, adaptación a la topografía, construcción sin zanjas de cimentación, zócalos de piedra y alzados de adobe o tapial), si bien dicho aspecto no debe sobrevalorarse dado el carácter ecléctico de la arquitectura romana, en especial por lo que respecta a la doméstica, y la constatación de un factor fundamental, por lo que tiene de innovador, como es el empleo de *tegulae* para las cubiertas.

Bibliografía

- ALCALA ZAMORA, P. (1978): “Apuntes para la historia de Priego”, *BRAC*, 98, pp. 126 ss.
- BLANCO, A. (1983): “Ategua”, *NAH.*, 15, pp. 95-135.
- CARRILLO, J.R. (1991): “El poblamiento romano en las Subbéticas Cordobesas”, *AAC*, 2, Córdoba, pp. 225-252.
- CARRILLO, J.R.; HIDALGO, R. (1991): “El yacimiento arqueológico del Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba)”, *XX CNA*, pp. 349-354.
- CEBAC (1971): *Estudio agrobiológico de la provincia de Córdoba*, Madrid.
- CUADRADO, E.; RUANO, E. (1989): “Esculturas de équidos procedentes de la Colección de Alhonor (Puente Genil, Córdoba)”, *TP*, 46, pp. 203-228.
- CUNLIFFE, B.; FERNANDEZ CASTRO, M.C. (1990): “Torreparedones (Castro del Río, Córdoba). Informe preliminar. Campaña de 1987: Prospección arqueológica con sondeo estratigráfico”, *AAA '87*, vol. II, pp. 193-199.
- FERNANDEZ JURADO, J. (1987): “Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica”, *Huelva Arqueológica*, IX.
- LEIVA, F. (1986): “Una nueva lápida hallada en Fuente Tójar”, *Rev. Fuente del Rey*, 36, Diciembre, pág. 5.
- LEIVA, F. (1991): “Ilturgicola. I Parte”, *Ilturgicola. La Voz de Tójar*, Fuente Tójar, Agosto, pp. 8-11.
- LEIVA, F. (1988): “El comercio en la antigua Ilturgicola (Las Cabezas). Fuente Tójar (1)”, *Rev. Fuente del Rey*, 57-58, Priego de Córdoba, pp. 20-21.

LEIVA, F. (1989): “El suntuoso monumento funerario de un personaje regio, en Fuente Tójar (Córdoba)”, *Rev. Fuente del Rey*, 67, Priego de Córdoba, pp. 12-13.

MARAVÉ, L. (1866-67a): “Noticia de los descubrimientos”, *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arq.*, t. I, nº 30, p. 239.

MARAVÉ, L. (1866-67b): “La ciudad de Ilturgicoli”, *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arq.*, t. I, nº 31, p. 241.

MARAVÉ, L. (1866-67c): “El descubrimiento verificado en Fuente Tójar (Ilturgicoli)”, *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arq.*, t. I, nº 32, p. 254.

MARAVÉ, L. (1867): “Descubrimientos arqueológicos en Almedinilla”, *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arq.*, Serie II, t. II, pp. 9-10.

MARAVÉ, L. (1868): “Expedición arqueológica a Almedinilla”, *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arq.*, Serie II, t. II, pp. 307-323.

LOPEZ ONTIVEROS, A.; VALLE, B.; GARCIA, F. (1988): “Caza y paisaje geográfico en las tierras béticas según el Libro de Montería”, *V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, pp. 281-307.

MARCOS, A. (1984): “Arqueología de Fuente Tójar”, *Rev. Fuente del Rey*, 6, Priego de Córdoba, pp. 10-11.

MARCOS, A.; VICENT, A.M. (1983): “La necrópolis ibero-turdetana de Los Torviscales, Fuente Tójar”, *Novedades de Arqueología Cordobesa. Exposición “Bellas Artes 83”*, Madrid, pp. 11-23.

MARTINEZ SANTA OLALLA, J. (1935): “La cultura portuguesa en el Alto Valle del Guadalquivir”, *AMSEAEP*, XIV, pp. 260-261.

MUÑOZ, A.M. (1987): “Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el Municipio de Iponoba. El Cerro del Minguillar (Baena, Córdoba)”, *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, pp. 63-68.

MURILLO, J.F. (1989): “Las cerámicas policromas con decoración figurada y geométrica de La Saetilla (Palma del Río, Córdoba), en el marco de las cerámicas orientalizantes andaluzas”, *Ariadna*, 6, Palma del Río, pp. 65-102.

MURILLO, J.F. (1990): “Estado de la cuestión sobre el poblamiento durante el Calcolítico y la Edad del Bronce en las Subbéticas Cordobesas”, *AAC*, 1, pp. 53-80.

MURILLO, J.F. (1991): *Estudio del poblamiento durante el Bronce Final y el Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir*, Tesis Doctoral, Univ. de Córdoba.

MURILLO, J.F.; RUIZ, M.D. (1990): “El Cerro del Castillo de Carcabuey. Un yacimiento del Bronce Final-Orientalizante en las Subbéticas Cordobesas”, *I Encuentros de Historia Local. La Subbética*, Córdoba, pp. 33-59.

NAVASCUES, J.M. (1934): “Sucaelo”, *ACFABA*, I, Madrid, pp. 319-337.

ORTEGA ALBA, F. (1975): *El sur de Córdoba. Estudio de Geografía Agraria*, Córdoba.

RAMIREZ DE ARELLANO, R. (1983): *Inventario-Catálogo Histórico-Artístico de Córdoba*, (Ed. y Notas de J. Valverde), Córdoba.

RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA, L.M. (1986): *Geografía histórico-estadística de la provincia y Obispado de Córdoba*, Ed. de A. López Ontiveros, t. II, Córdoba.

RODRIGUEZ OLIVA, P.; PEREGRIN, P.; ANDERICA, R. (1983): “Exvotos ibéricos con relieves de équidos de la Vega granadina”, *XVI CNA*, pp. 751-767.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; MOLINOS, M. (1989): “Excavación arqueológica sistemática en Puente Tablas (Jaén)”, *AAA.*, '86, vol. II, pp. 401-407.

RUIZ RODRIGUEZ, A.; MOLINOS, M.; CHOCLAN, C. (1991): “Fortificaciones ibéricas en la Alta Andalucía”, *Fortificacions. La problemàtica de l'ibèric ple: (segles IV-III a.C.)*, Manresa, 1991, pp. 109-126.

STYLOW, A.U. (1983): “Inscripciones latinas del sur de la provincia de Córdoba”, *Gerión*, I, pp. 267-303.

VAQUERIZO, D. (1986a): “La muerte en el mundo ibérico cordobés: La necrópolis de Los Torviscales (Fuente Tójar)”, *Revista de Arqueología*, 63, pp. 41-49.

VAQUERIZO, D. (1986b): “Ajuar de una tumba indígena, procedente de la necrópolis de Los Villalones, en Fuente Tójar (Córdoba)”, *Arqueología Espacial*, 9, pp. 349-367.

VAQUERIZO, D. (1988): *Aproximación al fenómeno de la Cultura Ibérica en el Sureste de la actual provincia de Córdoba. El yacimiento del Cerro de la Cruz (Almedinilla)*, Tesis Doctoral (Ed. microfilmada), Servicio de Publicaciones, Univ. de Córdoba.

VAQUERIZO, D. (1990a): *El yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Avance a su excavación arqueológica sistemática*, Córdoba.

VAQUERIZO, D. (1990b): “La villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)”, *AEspA*, 63, pp. 295-316.

VAQUERIZO, D.; MURILLO, J.F.; QUESADA, F. (1991): “Avance a la prospección arqueológica de la Subbética Cordobesa: La Depresión Priego-Alcaudete”, *AAC*, 2, pp. 117-170.

VAQUERIZO, D.; QUESADA, F.; MURILLO, J.F. (1991): “Avance al estudio de los materiales arqueológicos recuperados en el yacimiento ibérico de Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)”, *AAC*, 2, pp. 171-224.

VICENT, A.M. (1984-85): “Trabajos arqueológicos inéditos en Fuente Tójar (Córdoba) de L. Maraver en 1867”, *Corduba Archaeologica*, 15, pp. 31-55.

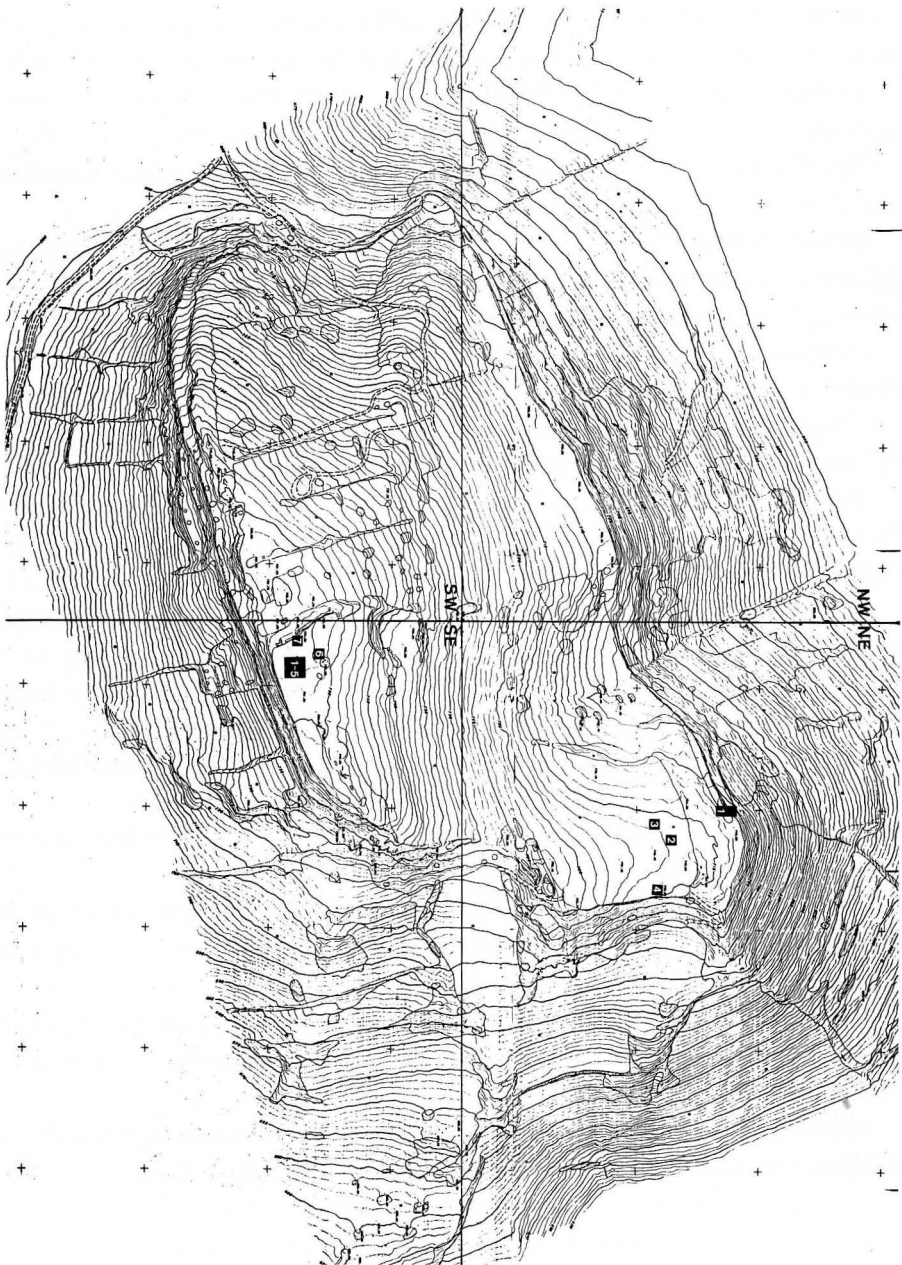


Figura 1. Levantamiento fotogramétrico del Cerro de las Cabezas.

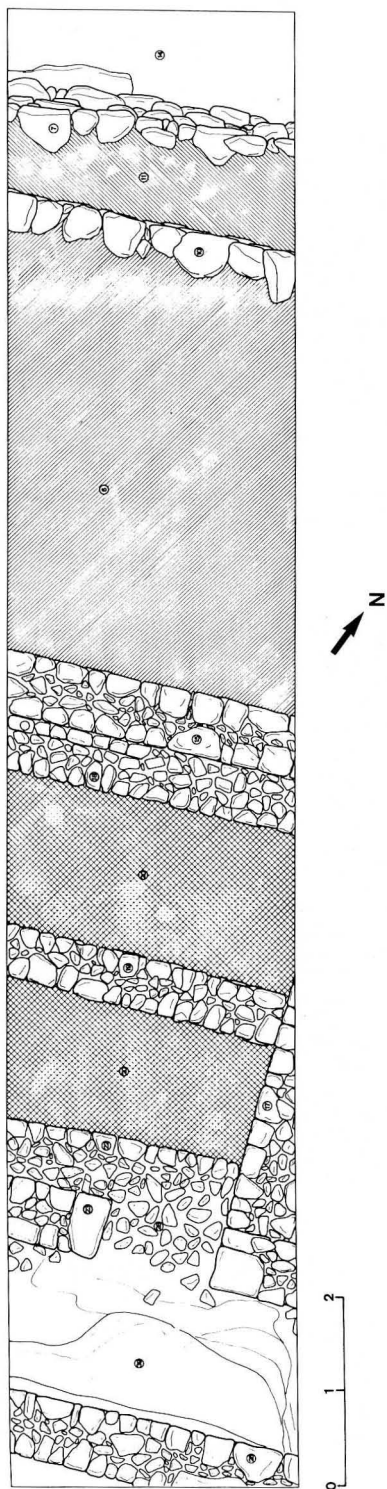


Figura 2. Planta General de las Estructuras del Corte 1 del Cuadrante NE.

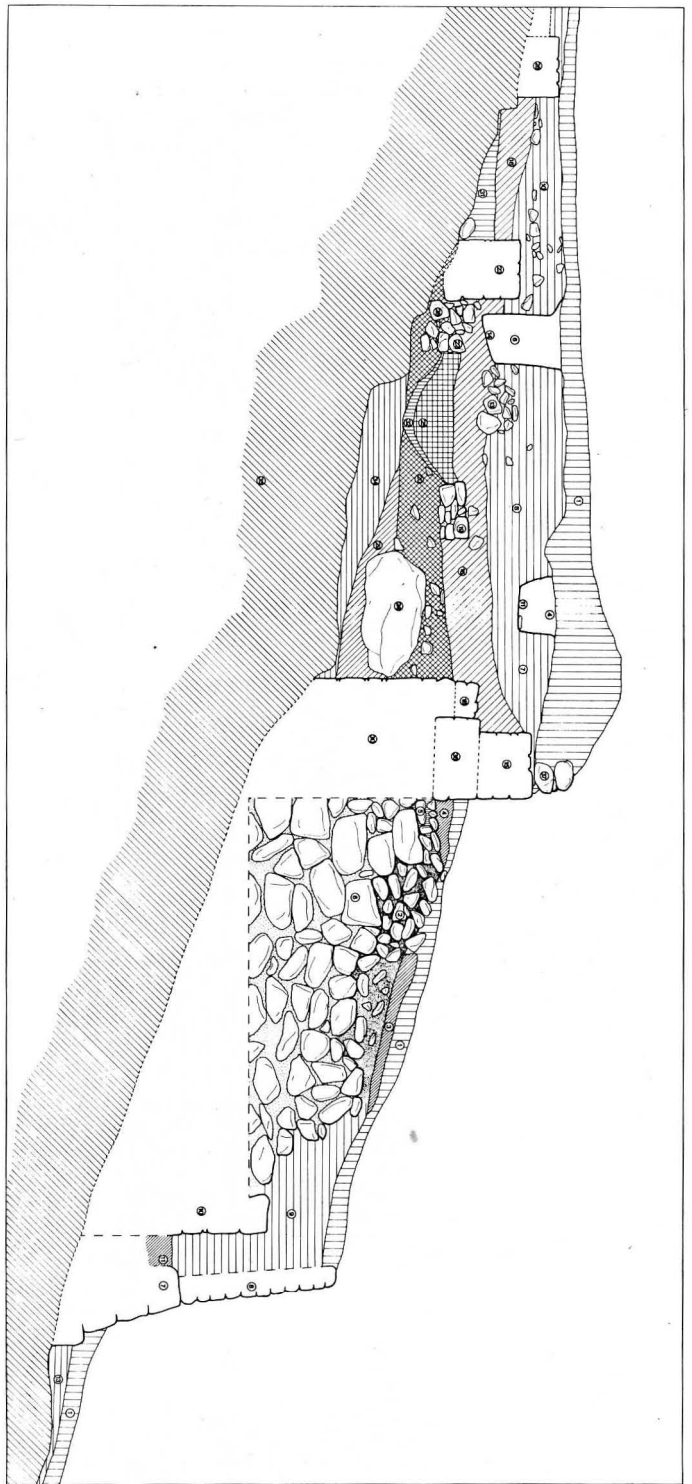


Figura 3. Perfil O. del Corte 1 del Cuadrante NE.

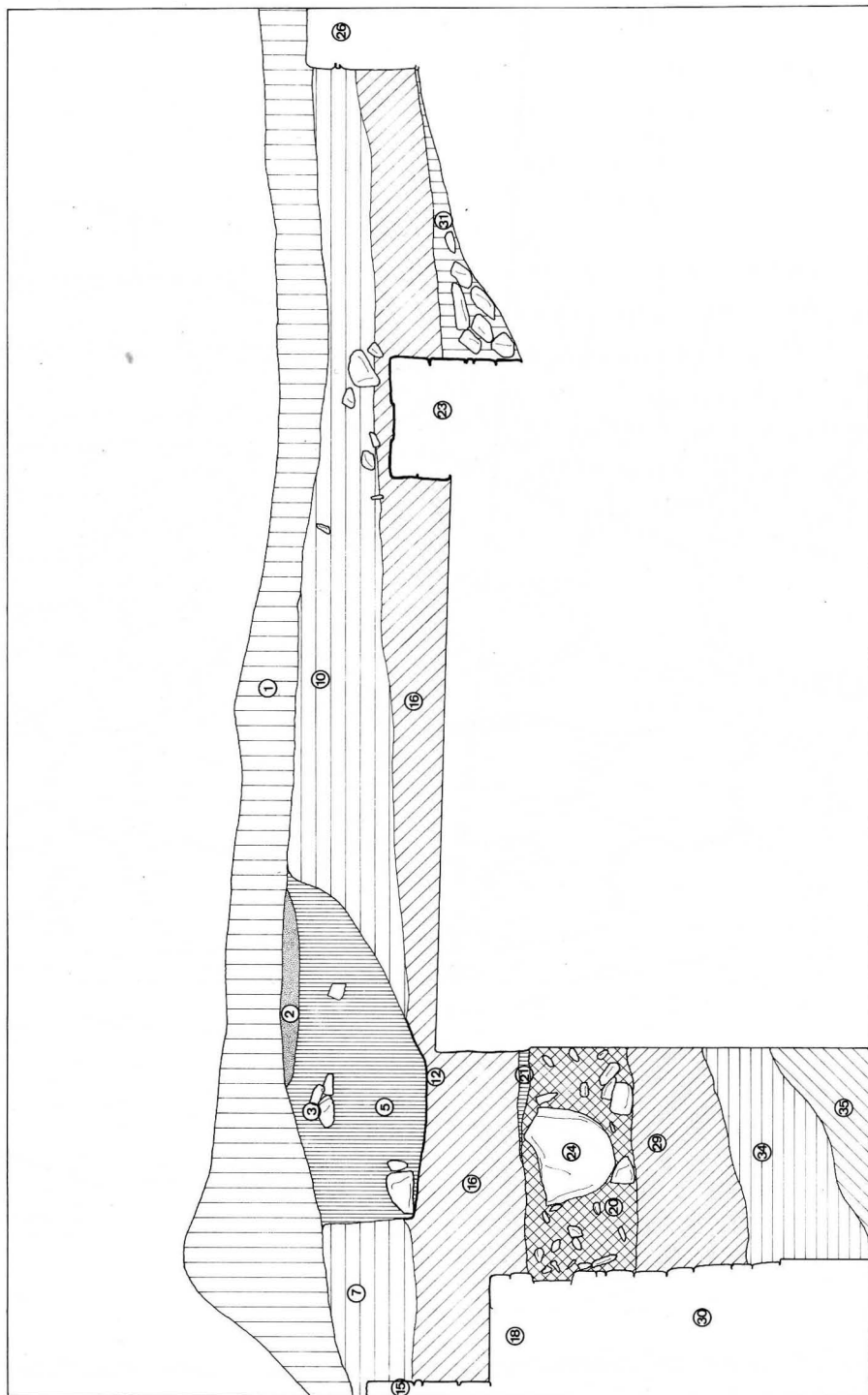


Figura 4. Perfil E. del Corte 1 del Cuadrante NE.

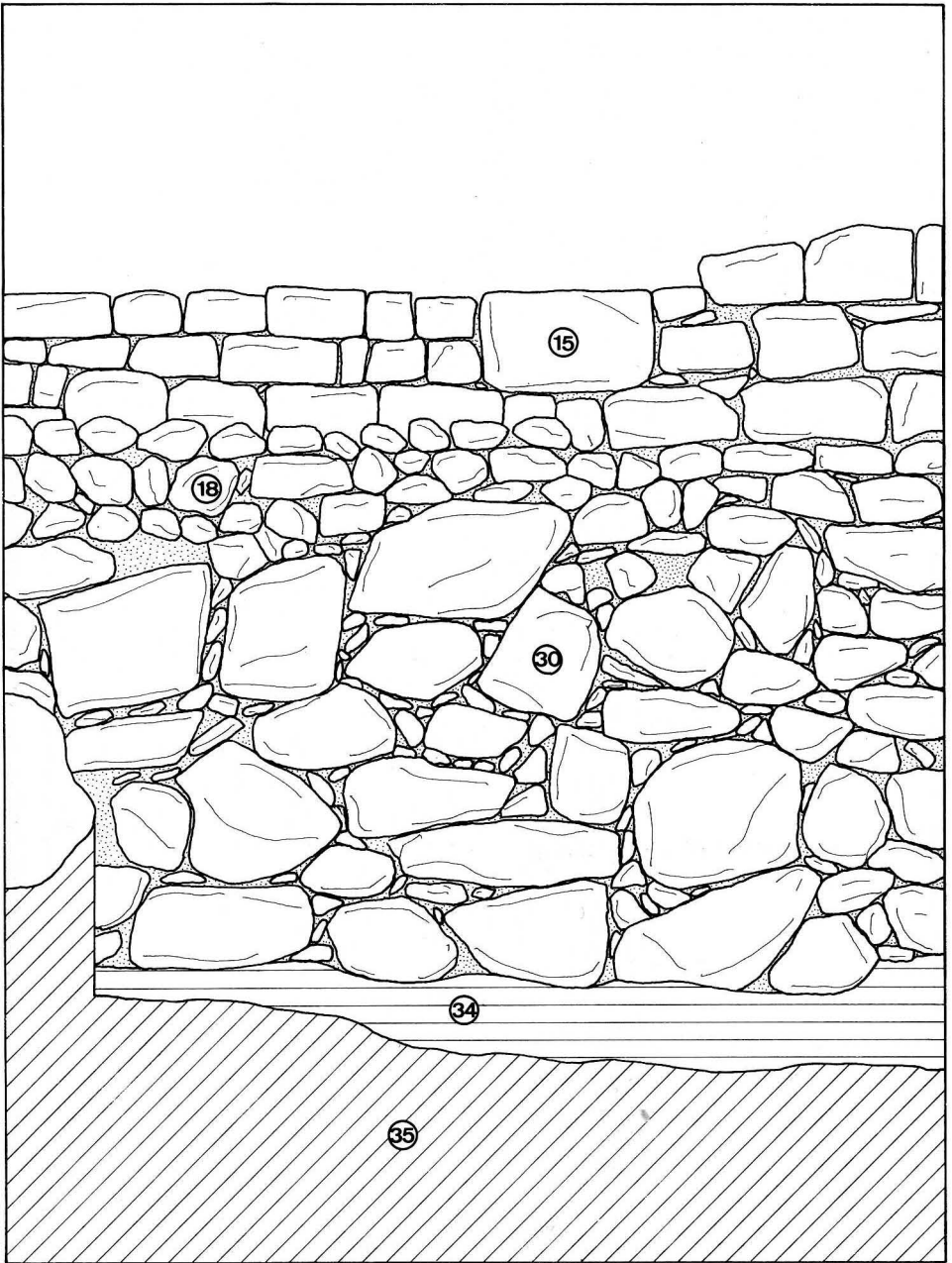


Figura 5. Sucesivas refecciones del lienzo interior de la muralla excavada en el Corte 1 del Cuadrante NE.

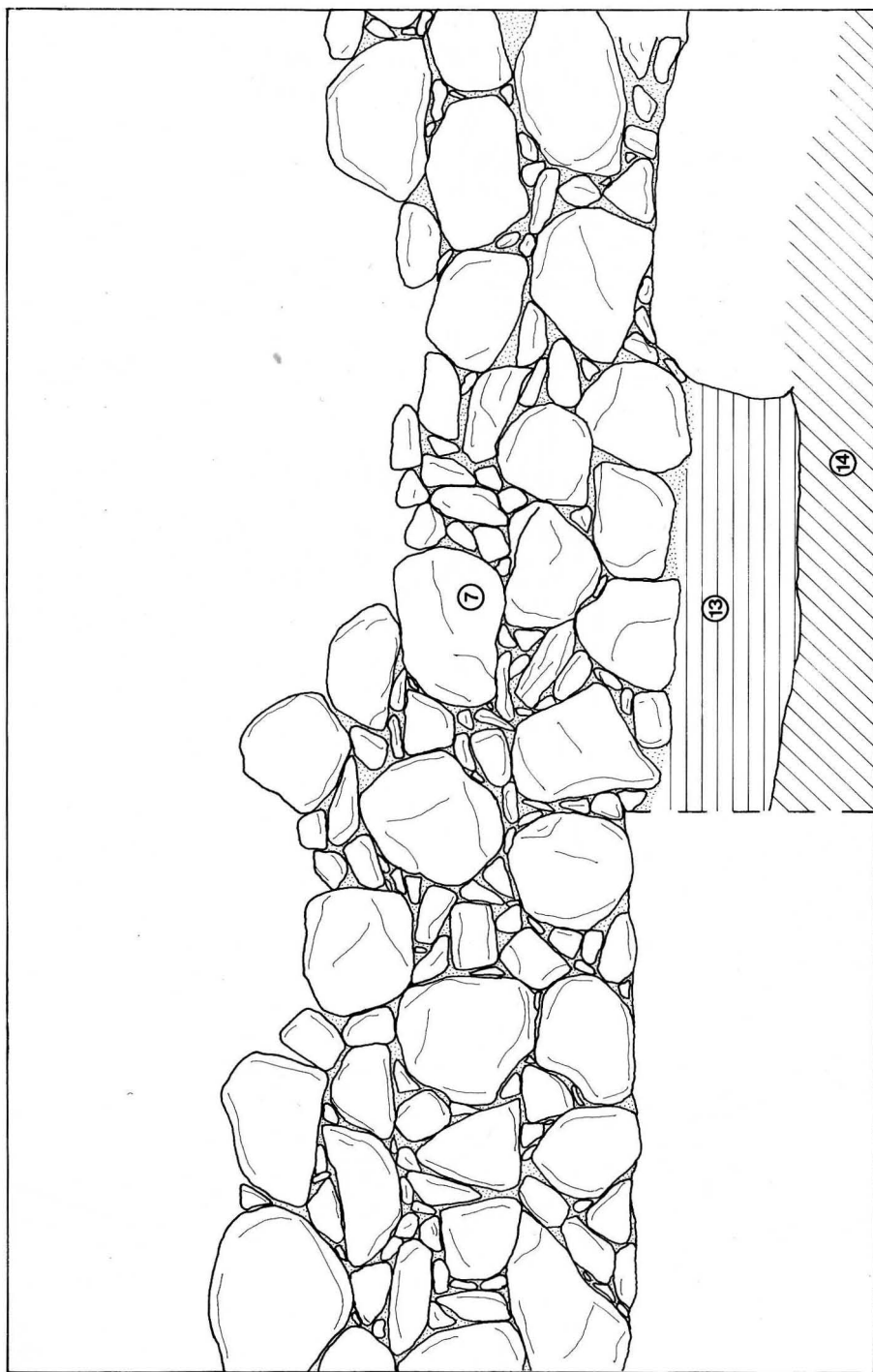


Figura 6. Lienzo exterior, en talud, de la muralla excavada en Corte 1 del Cuadrante NE.

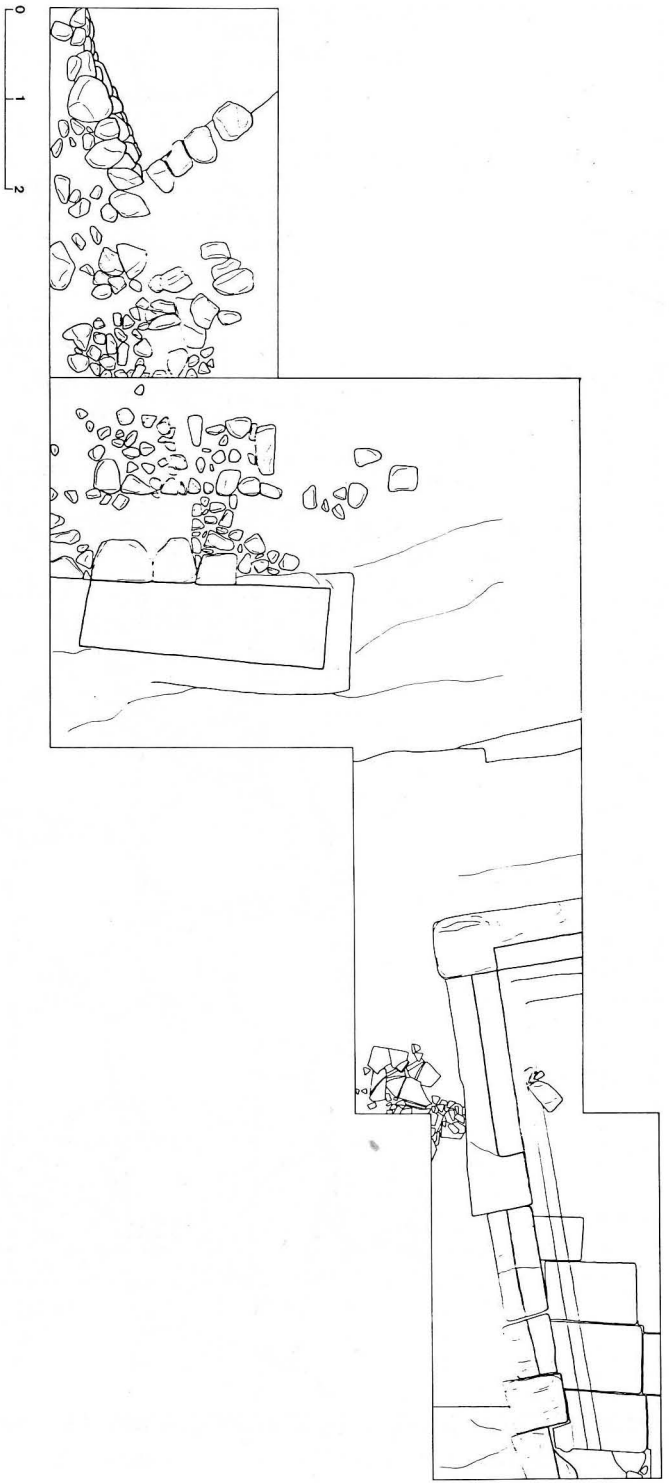


Figura 7. Planta general de las estructuras de finales del s. I d.C. excavadas en los Cortes 2-5 del Cuadrante SE.

CERRO DE LAS CABEZAS
CUADRANTE NE./CORTE 1

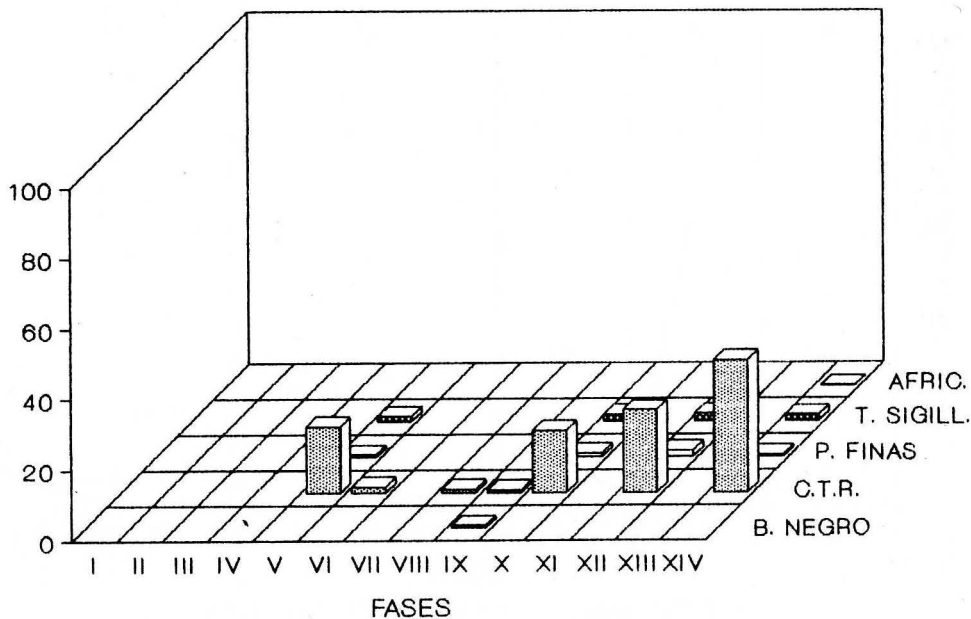
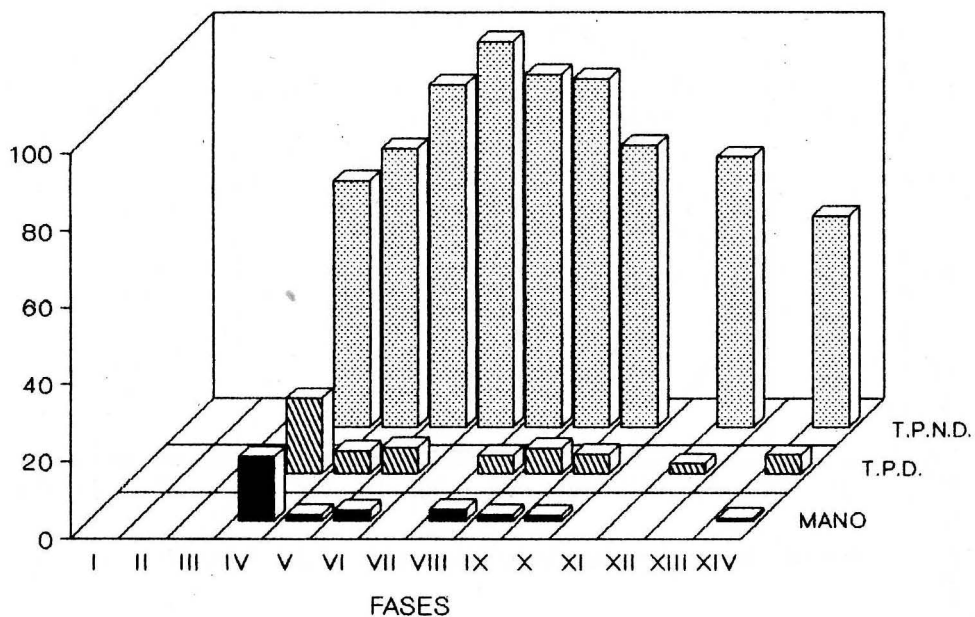


Figura 8. Gráfico con el comportamiento de diferentes especies cerámicas a lo largo de las Fases distinguidas para el Corte 1 del Cuadrante NE.

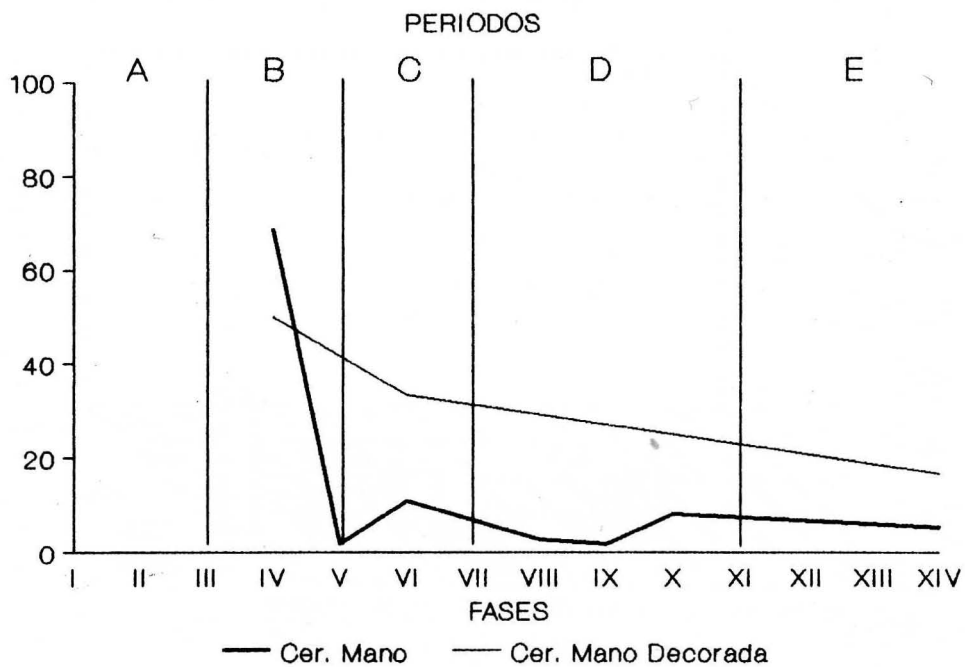
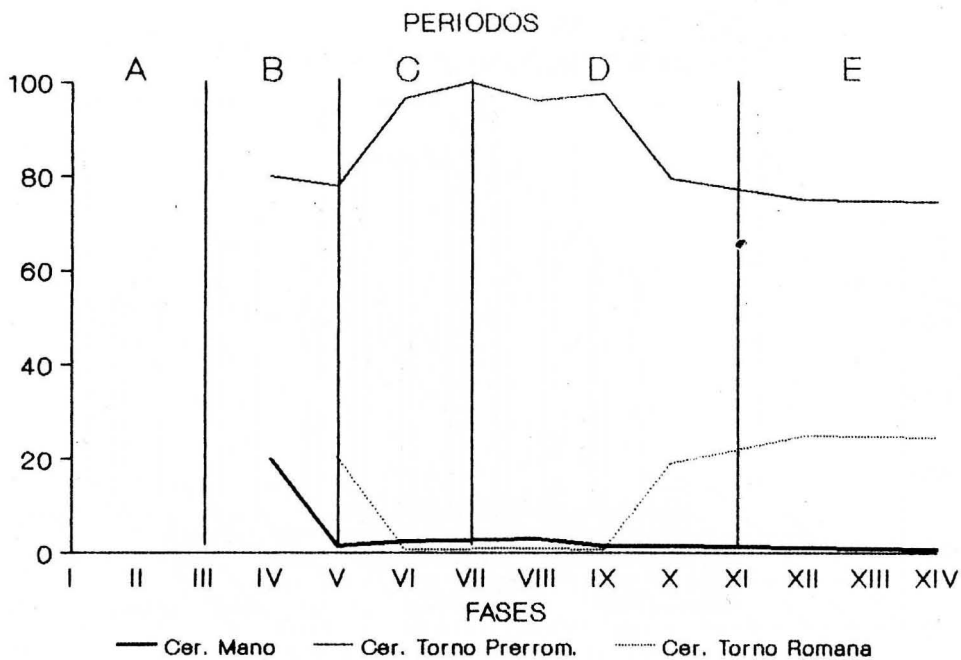


Figura 9. Gráfico con el comportamiento de diferentes especies cerámicas a lo largo de los Periodos distinguidos para el Corte 1 del Cuadrante NE.

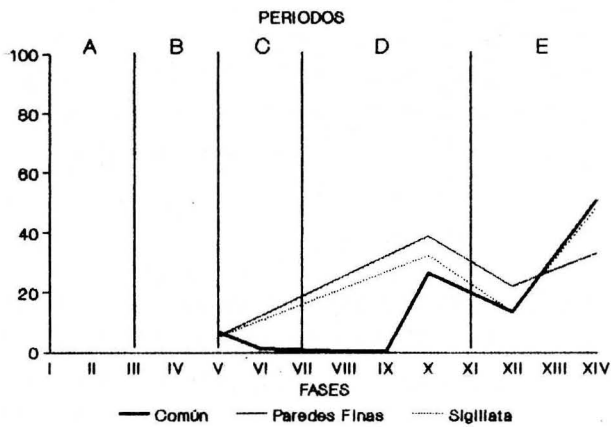
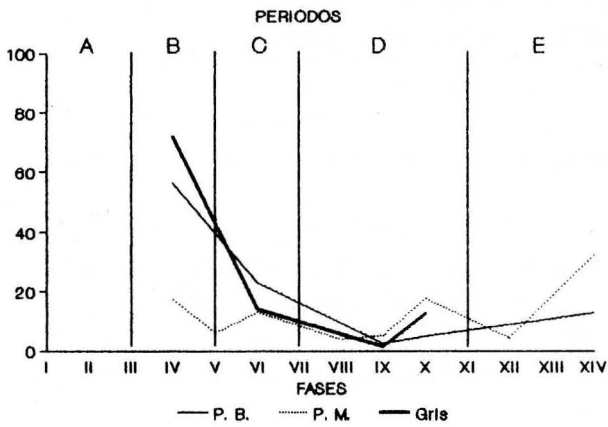
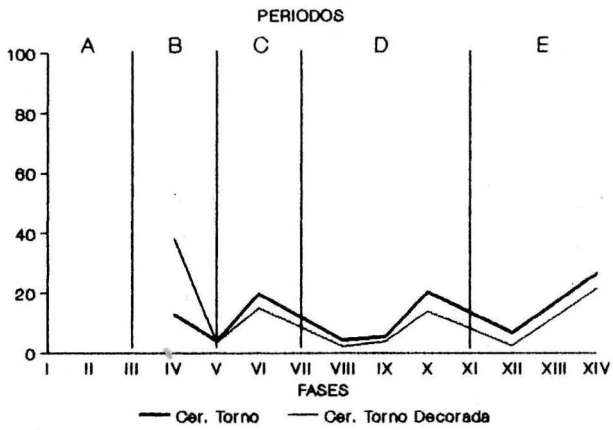


Figura 10. Gráfico con el comportamiento de diferentes especies cerámicas a lo largo de los Períodos distinguidos para el Corte 1 del Cuadrante NE.